

El corrido de Pablo Damián

TRAGICOMEDIA CAMPESINA EN UN ACTO
(1960)

PERSONAJES

UN TRIO QUE CANTA
CÁNDIDO
PABLO DAMIÁN
EL CUIJE, cuñado de Pablo
LA ESPOSA de Pablo
LA MUJER DEL BOSQUE

Tres hombres con sus guitarras dicen su parlamento, a manera de introducción, acompañando sus palabras con acordes aislados. Están en una esquina del pueblo de la Trinidad.

I

EL TRÍO.-

1. Valle de Atlixco, allá por los cuarenta.

2. Valle de Motolinía y del conde de Carreón.

3. El Val de Cristo que mejor se nombra.

1. Valle desesperanza... y del amor...

2. El amor que se tiene en la zpóí2íyíxóp...yyuóís.3pj2u...2í .xípj2y3zÍy.3pj2u...2í .xípj2uyílv.3pj2u...2ía.xóp...

PABLO.- Sí, duerme la flor en su aposento de hojas verdes.

CÁNDIDO.- Es tu esposa y se encamina...

PABLO.- Oigo su voz y su sonrisa melodiosa.

CÁNDIDO.- No se me olvida decirte de tu madre.

PABLO.- Es gente de muy alta estima.

EL CUIJE.- Mejor muévase, don Cande.

PABLO.- La brújula en el mar de mi existencia.

CÁNDIDO.- Eres su dicha y su placer en esta vida.

PABLO.- De rodillas como los ángeles a Dios estoy frente a ella, y no la echaré al olvido.

CÁNDIDO.- Entonces por un infame te tendría, y no.

PABLO.- Déjela allá que respire. Muchas gracias.

EL CUIJE.- Muchas gracias.

CÁNDIDO.- Ésas son ideas... ¿Dónde están los años de tu mocedad?

PABLO.- Mire, le agradecemos su estancia. (Ofreciéndole una botella.) ¿Gusta un trago?, da visiones para que no esté solo. Ahora mesmo... (Cándido rehúsa con desagrado.)

EL CUIJE.- Yo sí, viene.

PABLO.- Aquí no hay ninguna obligación de dar... Si no quiere, no.

EL CUIJE.- Puede que le entre el calor. Usted, tan gente decente.

CÁNDIDO.- (Muy molesto.) ¡Quién fuera presidente, desgraciados! ¡Tarugos! Eso es, sólo son una punta de animales; pueblo de malditos, así comen los unos a los otros. No bien matan a la gente, que se pelan para el monte. ¡Desgraciados, mula vida! (Sale.)

Pablo y el Cuije lo miran retirarse y quedan un momento pensativos.

PABLO.- ¿Ves? No nos ponemos acordados.

EL CUIJE.- Siempre. (Pausa y se sienta mirando al cielo.)

PABLO.- Mula vida, dice.

EL CUIJE.- Sí.

PABLO.- (Después de pausa.) ¿Qué será de tu hermana Leonor, con todo respeto?

EL CUIJE.- Así debe ser. Pese a todo ella te siguió queriendo, quieras tú que no.

PABLO.- No tengo ningún reproche. Es una mujer de buena forma de pensar.

EL CUIJE.- La lámpara de Santa Lucía, a Dios gracias.

Pausa prolongada y entra la música.

PABLO.- (Pensativo y con nostalgia.) Yo no tengo ni padre ni madre, huérfano soy. Allegado a los gustos y a las vergüenzas que me rinden.

EL CUIJE.- ¿De qué te me arrepientes, mi cuñado?

PABLO.- Me recuerdo de mi vida y de cómo vine a quedar entre las balas de ese desgraciado.

EL CUIJE.- Pero tu causa era justa por eso te me pegué, que en otra forma ni enterado.

PABLO.- Como en la revolución...

EL CUIJE.- No es eso, sino que siempre te he tenido muy en alto. No más por de puro hombre. Que donde hay fuerza de hecho, se pierde cualquier derecho.

PABLO.- Eso me ha favorecido.

EL CUIJE.- Más cuando te echaste al ojn ese que no te quiso fletar el estiércol.

PABLO.- Como coladera le deje la jeta al hideputa.

EL CUIJE.- Y ahí ni quién te parara.

PABLO.- Ah, cómo me pesa que va anocheciendo.

Pausa prolongada

EL CUIJE.- Pablo...

PABLO.- ¡Cállate!

EL CUIJE.- ¿Cómo?

PABLO.- ¡Que te calles!

EL CUIJE.- ¿Y eso?

PABLO.- Es que quiero oír el río, dicen que el agua cuando va corriendo te saca los pesares, ¡jóyela!

EL CUIJE.- Sí... parece que los quita.

Cambio y aparecen respectivamente las casas de las dos mujeres: la madre y la esposa. Sale la música.

III

MADRE.- (Dolorosa.) Hijo, mi hijo Pablo Damián, ¿dónde estará por el monte? Como piedra de fuerte. Ahora deberías hacérmeme presente, que te necesito tanto. ¿Quién me diera razón de mi muchacho?

ESPOSA.- Pablo Damián, mi marido, que les huyera hasta el monte en compañía de mi hermano y ya va para dos meses que se manchara las manos. Es hora de que regrese, que ya ni quién se recuerde. De modo...

MADRE.- Tantas horas que paso con el solo pensamiento de que se fue; y luego con quién se junta, ya no conserva memoria de cuando se pusieron a beber y casi acaban en su propia sangre, y yo entre las cuchilladas suplicándoles.

ESPOSA.- Es mi marido para que lo extrañe; para que me recuerde de él en el día y en la noche, más en el frío del amanecer. Sin hijo, ni marido; con las solas ganas de llorar y no poder decirle nada a nadie. Mejor me fuera de cusca.

MADRE.- ¿Quién me diera una razón que lo haya visto?, por lo menos si todavía cuenta de su madre. Si me amancebó con alguna. Sola yo y mi alma. Mejor que se me fueran las palabras. (Recoge su rebozo, echa una ojeada a la casa y cruza para las áreas de la derecha.)

MADRE.- (Entrando en área.) Oye, Leonor, me vengo a vivir contigo, soy tu madre-suegra y tienes

la obligación. Cuidado por las noches con tanto gavián que te busca la deshonra. Tu marido ha de venir y también tu hermano el Cuije que lo anduvo sonsacando para mi mal y el suyo.

ESPOSA.- Está bien, yo la habré de respetar mi madre-suegra, aunque ni se lo merezca.

MADRE.- Si me lo merezca o no, qué te importa, tú estás para enaltecerme, cuida tu casa y deja la ajena.

ESPOSA.- (Transición.) Ya me decidí por irme a Tehuacán a ponerme a trabajar y tener un hijo para poder seguir viviendo.

MADRE.- ¿Un hijo? Si se han de morir... si te quedaras con él. Por eso mejor que ahora nacen menos.

ESPOSA.- Así me lo dijo ese Pablo Damián, su hijo.

MADRE.- (Con fuerte dolencia.) Mi hijo Pablo Damián, al que parí con dolor, como las perras; hijo por sangre y nieto de don Rosendo Meneses, mi padre, que perdió la vida tirado a media calle borracho; nieto de Chonita Alcántara, mi madre, que se juntó primero con don Rosendo y después con el tal Lupe Reséndiz, que fumaba mariguana en la cuchilla. Hijo mío, Pablo Damián, también sobrino de Ausencio Argudín, mi medio hermano, que le echó la salación de recién nacido. Y así le siguen un cuento o dos cuentos de gente desgraciada. ¿Cómo no iba a salir mala cabeza?

ESPOSA.- De en balde que se lo hiciera a usted un sacristán.

MADRE.- Ten cuidado con lo que hablas. Al juzgar un hecho ajeno, mete tu mano en el seno.

ESPOSA.- Eso es lo que más le pesa, me lo ha dicho Pablo Damián.

MADRE.- (A la defensiva y aclarando.) ¿Qué le pesa? No sé por qué. Si le busqué un padre sacristán fue para limpiar la sangre de la familia. Mucho me lo fui pensando.

ESPOSA.- Pues no más no le salió.

MADRE.- Yo qué sé si me salió o no. Yo sabía que el Espíritu Santo me iluminaría y con todo gusto lo hice.

ESPOSA.- Sobre advertencia...

MADRE.- Y me sentí muy segura y me seguí sintiendo hasta que a mi hijo le dio por mancharse las manos con semejante despilfarro de dolor.

ESPOSA.- Dolor... Para dolor el mío.

(Transición.) Ay, ya me está entrando el palpito.

MADRE.- ¿Quieres un poco de azahar?

ESPOSA.- Déjeme, a ver si diviso un rastro por lo menos.

Transición al drama.

MADRE.- (Oficiosa.) Gallinita ciega, ¿dónde te pondré?, espolón de gallo, ¡qué bien se te ve!

ESPOSA.- (Quitándose de encima.) Usted no sabe llorar, sólo se hace bolas sola.

MADRE.- (A la esposa.) Como el capullo de rosa de cerrada.

ESPOSA.- Siento un vacío dentro de mi corazón y se me seca la boca.

MADRE.- (Mirando a su derredor.) Por más bueno que fuera, ¡dónde se iba a acomodar! Por más bueno...

ESPOSA.- Si me preparó mi madre para dolores de parto, ¡malhaya mi madre!

MADRE.- Hija ingrata: como no te oye.

ESPOSA.- ¿Usted cree que no me dan las ganas de pecar con quien se me ponga enfrente?

MADRE.- Claro, para pecar sí te pones; mejor tírate en el suelo y baña con tus lágrimas su ausencia, para que se te salve y quiera regresar.

ESPOSA.- Sí, usted ya qué, con hacerlo lo hizo todo. Pero de qué le sirvió. Mire qué cuernos le puso.

MADRE.- Eso es, y él muy quitado de la vida rascándose la desdicha.

ESPOSA.- Uñas le habrán de faltar.

MADRE.- Ya es mucho lo que me ofendes, mejor te pongo una friega de alcanfor.

ESPOSA.- (Lamentándose.) Sola, sola, sola. Siempre me han dejado sola.

MADRE.- (Yendo por los útiles.) Así es mejor.

ESPOSA.- Sin embargo, sin un reposo, sin un consuelo.

MADRE.- ¡Qué triste vida la tuya!

ESPOSA.- Sola, sola. Sin marido a quién servir, sin amables recuerdos en qué me apoyar. (Llora.)

MADRE.- Ay, hijo de mis entrañas, mira cómo me la dejas.

ESPOSA.- Sin un hijo por lo menos.

MADRE.- Deja que te haga una limpia. (La frota con unas yerbas.)

ESPOSA.- Hojas de naranjo, piedra de azabache, chupamirto muerto, ruda, cuasia y prodigiosa, culebras moradas, hojas de alhelí.

MADRE.- (En la misma actitud.) San Antonio bendito cierra tu candadito y amarra este animalito.

ESPOSA.- (Desolada.) ¡Ay, ay, ay! Qué hombres estos con su falta.

MADRE.- ¡Hombres aprendieran!

ESPOSA.- (Llorando copiosamente.) Yo no sé qué tanto respeto; así me dejaba como tizón de lumbre y después ni me cumplía.

MADRE.- Es que te tenía muy en alto.

ESPOSA.- Es la pura maldición que se cargaba, ¡qué va a ser otra cosa!

MADRE.- ¡Ya cálmate, hija de tu madre, ya estáte sosiega, si de todos modos te va a Tehuacán para tener un hijo.

ESPOSA.- Eso digo, ay...

MADRE.- Y Dios te bendecirá, aunque me duela decirlo.

ESPOSA.- Ay, ay, ay.

Cambio al monte, donde están los dos hombres en la misma actitud.

IV

PABLO.- Ese caminar del viento parece llanto, ¿verdad?

EL CUIJE.- (Entusiasmado.) ¡Eso!

PABLO.- Y las ramas arrugadas se asemejan los dedos de mi jefecita.

EL CUIJE.- Caray, con eso sí te mandaste... ¿Y de mi hermana, qué? ¿Ni una sola palabra?

PABLO.- Soy su marido y bien que lo he sabido ser.

EL CUIJE.- ¿A poco?

PABLO.- Pues no... Retozadas que le puse.

EL CUIJE.- A ver, suéltalas.

PABLO.- No. ¿Para qué?

EL CUIJE.- Pues para que yo vaya aprendiendo.

PABLO.- (Incrédulo.) Voy a creer que no sepas...

EL CUIJE.- De Dios que no. A mí las mujeres nada más me comprometen, creo; apenas que las trato ya empiezan con hacerme la vida pesada, y es que todavía no me animo; siento como algo que me hace atolondrado y luego se van corriendo tiradas de la risa.

PABLO.- Así son todas, pero luego tú eres el que manda.

EL CUIJE.- Yo quisiera... Como dicen... A ver qué se sentirá...

PABLO.- (Con desenfado.) Chist, no es cosa del otro mundo. Luego ni chiste tiene: sobre todo después, te agarra una mula tristeza que no puedes. Mejor estás así.

EL CUIJE.- (Conforme.) Sí, mejor estoy así, huyendo con mi cuñado por saber qué se sentía.

PABLO.- Pues ya estás. Y ahora ¿qué sientes?

EL CUIJE.- Lo peor es que no siento nada.

PABLO.- ¡Ya!

EL CUIJE.- No. Te digo que soy penco.

PABLO.- Creo que sí.

EL CUIJE.- Por eso mejor me debiera morir.

PABLO.- ¡Adiós!

EL CUIJE.- Dicen que la vida no se hizo para los tarugos.

PABLO.- Ya te agarró la desidia, ¿no te digo? A lo hecho, pecho. Ahora sí no te me quebras, que de esta sales bien hombre; verás si no.

Entra una mujer de facha desagradable pero muy pintiparada.

MUJER.- Un hombre que les guste a todas la mujeres de este pueblo maldito: que cada vez que te vean se les suma el resuello. ¿Verdad, Pablo Damián?

Los hombres asombrados y con miedo.

PABLO.- Y usted, ¿qué?

MUJER.- ¿Qué pasó, pues no que muy hombres? (Se luce zalamera.) ¿Qué se hizo el rey don Juan, los infantes de Aragón qué se hicieron? ¿Qué fue de tanto galán? ¿Palomita de San Juan, te empujaron la candela? ¿No te acuerdas de mí,

Pablo Damián? Allá, en "La mera penca" y en "Los sueños de don Baco" me ocupaste. ¿No recuerdas? (Se le acerca insinuante.)

PABLO.- (Aterrado.) ¡No se arrime!

MUJER.- (Insinuante.) Traigo el ceñidor bien flojo, Pablo Damián. Preséntame a tu cuñado, quién quite.

PABLO.- Yo no te conozco.

MUJER.- Te haces... Todavía tengo las marcas de las mordidas que me pegabas, infeliz. Ora, que andes de huido, es otra cosa.

EL CUIJE.- (Temeroso.) Parece una tinaja, ¿no Pablo?

PABLO.- (A su cuñado.) Esta vieja quién sabe qué se traerá; ¡cómo voy a creer que no me acuerde!

MUJER.- Fueron tres veces, Pablo Damián, ya te digo. Primero en "La mera penca", todos estaban tirados de borrachos y que se les mete el diablo; luego en "Los sueños de don Baco", ahí entre tú y don Carmen que me agarran; alevosos. Pero ya ves, para lo que les valió... Y por último en "Los cuatro ases". Ahí sí, antes de que te mancharas las manos y que me dejaste vestida y alborotada porque pasó tu jefecita. ¿Ya?

PABLO.- Tú me estás vacilando.

EL CUIJE.- Ha de ser de las adivinas de la suerte. ¿Cómo sabe?

PABLO.- (A la mujer.) ¿De dónde eres?

MUJER.- ¿Yo? De mero Atlixco.

PABLO.- Si no bajo muy seguido para que te conozca.

MUJER.- Pues para que veas.

PABLO.- Y ahora... ¿Qué quieres?

MUJER.- ¿Que qué quiero? Pues primero... platicar; después, echar taco, y por último, a ver qué dices...

EL CUIJE.- (Riéndose.) Ay, ay, ay. ¡Qué cosas dice esta vieja!

MUJER.- (Gritando para afuera.) ¡Camerina, ya está grande tu muchacho, ya necesita mujer!

EL CUIJE.- ¡Cuidado, yo me vine de pintado!

PABLO.- (Sin zafarse del miedo.) Ya lo sé, y si piensas regresar, estás amolado, porque ya no te dejamos.

MUJER.- (Acuciosa.) ¿Se van a casa conmigo?

EL CUIJE.- Ja, ja, ja.

PABLO.- Te vamos a matar.

MUJER.- Me gustas, Pablo Damián, ya te lo dije.

PABLO.- (Con seguridad.) ¿Te siguió alguien?

MUJER.- Tu mujer, pero le di su agüita de pitahaya.

PABLO.- ¿Cómo que te siguió?

MUJER.- Me la encontré a la salida ardiendo en calentura. Que se iba a Tehuacán a que le fizieran un fijo, pero se quedó tirada por la Y griega.

PABLO.- (Tranquilo.) Menos mal. ¿Y de mi mamá, que ya es señora de respeto?

MUJER.- También tu madre, pero ella le dieron su tenmeacá en la botica del doctor Cande. (Aparte.) Desdichadas; mujeres aprendieran y no andar pidiendo ayuda.

EL CUIJE.- Oye, Pablo, dile mejor que se vaya.
MUJER.- (Imitándolo con sorna.) ¡Oye, Pablo, dile mejor misa a tu cuñado!

PABLO.- (Se ríe.) Vieja barragana; y yo sin acomodarme.

MUJER.- (Terminante y muy coqueta.) He venido a que me tomes de una buena vez. ¿Sí o sí?

EL CUIJE.- (Muy alarmado.) Dile que se vaya. Pablo, oye cómo aúlla el coyote, como que se le ahoga el celo.

PABLO.- Déjala, que ya me están entrando ganas. Te la voy a preparar.

MUJER.- (Cínica.) Vaya, hasta de alcachofa le haces. Pero yo soy muy dadivosa, ya ni lo piensas, órale.

PABLO.- Como que me estás gustando, concha. Total.

MUJER.- Entonces te voy a poner a bailar para que veas lo que es bueno.

PABLO.- ¿A bailar?

MUJER.- Sí, y por de puro amor; ahora te echas el baile del guajolote.

PABLO.- (Regocijado.) Ah, qué caray, ni que me fuera a casar.

EL CUIJE.- (Al borde del extravío.) ¿Cómo, quién se va a casar con quién?

MUJER.- Pues éste y yo con un caramba y dos tarugos. Ja, ja, ja...

Pablo se dispone a bailar el baile del guajolote.

PABLO.- ¡Arránquense los confites!

MUJER.- (Cantando y bailando.)

Los cabellitos de elote
son rizos de ángeles tristes
una canasta con frutas
en las lomas de las nubes
vayan a saber qué risas
en los labios se le entumen
como en el jagüey las flores
en soledad se consumen...

PABLO.- (Bailando cada vez más vertiginosamente hasta que cae mareado.) ¡Ajajaj! ¡Dios me mostrará compasivo con este infeliz cautivo!

MUJER.- (Tomándolo en sus brazos.) Ya te miro llegar, hijo de mi alma.

PABLO.- Por las barbas de mi abuelo, ¿quién se lo iba a suponer que aquí mismo sucediera? ¡Qué mejorable me siento!

MUJER.- Tú aguántate, que para eso eres hombre. (La mujer lo aborda.) Vamos a entrar en el cielo.

PABLO.- ¿Y si me tuerzo? (Se deja envolver.)

MUJER.- Más torcida traes la suerte, ¿o no?

PABLO.- Mejor busquemos un hoyo. Mejor en un hoyo.

MUJER.- Después. Ahorita abrázame duro, no te malogres.

Las luces bajan.

PABLO.- Dile a mi cuñado que se tape los ojos.

MUJER.- ¡Deja en paz a tu cuñado!

PABLO.- (Gritando angustiado.) ¿Ahí estás despierto, cuñado?

EL CUIJE.- (Con voz entrecortada.) Sí... Con los mis ojos fuertemente sangrando.

PABLO.- (Bravucón.) ¡Nacho que soy, y no hay quién quiera cerrarme a mí la puerta! (Transición.) Tú sabes, a la cochina se le abrieron las patas de tanta manteca que cargaba.

MUJER.- ¿Y no se le agusanaron?

PABLO.- Sí, pero luego la mataron para que la soltara y pudiéramos comer, por eso cada vez que me acuerdo de mi jefa...

MUJER.- Así nos dieron la vida, qué te apura.

PABLO.- Espérate un rato. ¿Dices que en "La mera penca"?

MUJER.- Y en "Los sueños de don Baco" y en "Los cuatro ases", malamente. ¡Vaya lomos que te traes!

PABLO.- Como que me estás gustando por consciente.

MUJER.- Yo sólo cierro los ojos y parece que voy de canijo en canijo.

PABLO.- Eres piruja, pero de las más frondosas.

MUJER.- Verbigracia. ¿Ves qué bonito es rodar?

PABLO.- Pareces buena muchacha, con que no fueras borracha.

MUJER.- Es la vida más ojete, tú qué sabes.

PABLO.- ¡Qué bruta! Pero qué de cosas cargas.

MUJER.- ¿Te gustan mis chiqueadores? Son de papel arroz.

PABLO.- Huele a pápalo tu pelo, y tus pechos a albahaca; tu boca ¿de qué será?

MUJER.- Pruébala, para que veas... (La besa.) ¡Ay, maldito, hasta sangre me sacaste!

EL CUIJE.- (En el colmo de la desesperación.)

¡Pablo, mañana domingo se casa Benito con un pajarito, ¿quién es madrina?!

MUJER.- ¡La ilustre catrina!

PABLO.- (Jadeante.) ¿Y quién el padrino?

MUJER.- El buey del panteón.

PABLO.- (Ídem.) Péguenle, péguenle, por panzón. (Pausa.)

MUJER.- Campanitas de oro, torre de marfil, que le vino un rayo al pobre infeliz. (Suben las luces.)

(Canta.) Una noche serena y oscura...

Pausa prolongada.

EL CUIJE.- Pablo Damián, Pablo Damián, ¿qué te haces?

La mujer sale áreas iluminadas y lleva una máscara de calavera de carnaval.

MUJER.- (Con desprecio.) Tiene la cabeza entre las piedras, se lo dije.

EL CUIJE.- ¡Usted es una mala mujer!

MUJER.- ¡Tu madre! (Transición.) Me quiso cortar las trenzas.

EL CUIJE.- (Al observar que la mujer se le acerca.) ¡No se mueva, no la dejen que se acerque. Nada ha pasado. No voy a decir nada, pero no se me acerque, yo vine acompañándolo sólo para ver lo que era. Yo no sé de mujeres, no sé, no sé pero Dios se las lleve y san Miguel y san Rafael y san Jorge y san Fermín! ¡Virgen de Guadalupe, salva y defiende a los mexicanos! (Desaparece.)

MUJER.- (Arreglándose el vestido.) Ja, ja, ja. ¡Coyones, hijos de la tristeza, cómo los quisiera ver sonándole a la vida para que se les quite lo pasmados, pero ni se mueven, desdichados! (Sale.)

VOZ INT.- ¡Taruga doña calaca, bien relamida y tan flaca, con tu boca de matraca!

Corte y cambio a los tres hombres con sus guitarras.

V

1. Ni remedio.
2. Valle de Atlixco, allá por los cuarenta.
3. Valle de Motolinía y del conde de Carreón.
1. El Val de Cristo que mejor se nombra...
2. Y aquí concluyo, estimable auditorio, el corrido de la vida de Pablo Damián.
3. Muchacho mala cabeza, así borracho como hijo ingrato.
2. Descendiente de sacristán, quién lo dijera. Ni siquiera un lugar en la fosa común, pues no se llegó a saber dónde quedó su cadáver.
1. Sólo cada vez que pasa uno por el Monte de la Escondedera se oyen los rechinidos de las quejas
3. Pero las mujeres dicen tantas cosas: que por andar de querido con mujeres peligrosas Dios lo anduvo castigando.
2. Ni su madre supo de él y el pobre de su cuñado le agarró la alferecía más de tres meses en cama
1. Entonces sí que sentía.
3. Pero todos sentimos y ¿qué?
2. Y es que ese Pablo Damián era muy mala cabeza cargado de salación por todas partes.
1. Nieto de Rosendo Meneses, tirado a media calle de borracho.
3. Y de Chona Alcántara, que se juntó con el mariguano de don Lupe.
2. Sobrino, Pablo Damián, de Ausencio el contrabandista, que le echó la maldición en plena iglesia de donde era cura su papá.
1. En paz descance.

TELÓN